

## 7

### EL SOL DE LA VERDAD

*22 de octubre*

Dijo ‘Abdu'l-Bahá:

Éste es un hermoso día, el sol brilla radiante sobre la tierra, brindando luz y calor a todas las criaturas. El Sol de la Verdad también está brillando, concediendo luz y calor a las almas de los seres humanos. El sol es el vivificador de los cuerpos físicos de todas las criaturas de la tierra; sin su calor, su crecimiento se vería detenido, su desarrollo se entorpecería, se debilitarían y morirían. Del mismo modo, las almas de los seres humanos necesitan que el Sol de la Verdad derrame sus rayos sobre ellas, para desarrollarlas, educarlas y alentarlas. El sol es para el cuerpo del ser humano lo que el Sol de la Verdad es para su alma.

Un individuo puede haber alcanzado el más alto grado de progreso material, pero si no ha recibido la luz de la verdad, su alma permanecerá atrofiada y hambrienta. Otro individuo puede carecer de dones materiales, puede estar en el escalón más bajo de la sociedad, pero si ha recibido el calor del Sol de la Verdad, su alma se engrandece y su entendimiento espiritual es iluminado.

Un filósofo griego que vivió en los primeros tiempos del cristianismo y que estaba bien empapado de los fundamentos cristianos, aunque no profesaba el cristianismo, escribió lo siguiente: "Es mi creencia que la religión es la base misma de la verdadera civilización." Puesto que, a menos que se eduque el carácter moral de una nación, así como su cerebro y su talento, la civilización no tiene bases seguras.

Al inculcar moralidad, la religión es por tanto la verdadera filosofía, y sobre ella se edifica la única civilización duradera. Como un ejemplo de ello él señala a los cristianos de esa época, cuya moralidad se hallaba en un nivel muy elevado. La creencia de ese filósofo coincide con la verdad, pues la civilización cristiana fue la mejor y la más culta del mundo. La enseñanza cristiana fue iluminada por el Divino Sol de la Verdad, por lo que sus discípulos aprendieron a amar a todos los seres humanos como a sus hermanos, a no temer a nada, ¡ni siquiera a la muerte! A amar al prójimo como a sí mismos, y a olvidar sus propios intereses egoístas por el bien de la humanidad. El gran propósito de la religión de Cristo fue el de atraer los corazones humanos más cerca de la resplandeciente Verdad de Dios.

Si los discípulos de Cristo hubiesen continuado cumpliendo estos principios con inquebrantable fidelidad, no hubiese sido necesario renovar el Mensaje Cristiano, ni hubiese habido necesidad de volver a despertar a Su pueblo, por cuanto una civilización grande y gloriosa regiría actualmente en el mundo, y el Reino del Cielo habría descendido sobre la tierra.

Pero en lugar de esto, ¿qué ha sucedido? Los seres humanos dejaron de seguir los preceptos divinamente inspirados de su Maestro, y el invierno cayó sobre los corazones de la humanidad. Porque así como el cuerpo del ser humano depende para su vida de los rayos del sol, así también

las virtudes celestiales no pueden crecer en el alma sin los rayos del Sol de la Verdad.

Dios no deja a sus hijos sin consuelo; por el contrario, cuando la oscuridad del invierno los envuelve, Él les envía nuevamente sus Mensajeros, los Profetas, con una renovación de la bendita primavera. El Sol de la Verdad aparece una vez más en el horizonte del mundo, brillando ante los ojos de aquellos que duermen, despertándoles para que puedan contemplar la gloria de una nueva aurora. Entonces, el árbol de la humanidad vuelve a florecer, produciendo los frutos de rectitud para la curación de las naciones. Porque el ser humano ha sellado sus oídos a la Voz de la Verdad y cerrado sus ojos a la Sagrada Luz, olvidándose de la Ley de Dios; por ello, las tinieblas de la guerra y el tumulto, la intranquilidad y la miseria, han desolado la tierra. Yo os suplico que procuréis traer a todos los hijos de Dios bajo los rayos del Sol de la Verdad, para que la oscuridad pueda disiparse con los penetrantes rayos de su gloria, y que el rigor y el frío del invierno se derritan con el misericordioso calor de su radiante luz.